

MONÓXIDO DE CARBONO

JOSÉ M.^a RUIZ PEÑA

Somos tres hermanos y no quiero tener más. Como dice mi abuela para como está la vida sobramos los tres. Yo soy el mayor, me llamo Samuel, Sam, Samy. Después viene mi hermana Olga y el más pequeño es Jonathan. Olga y Jonathan no viven con nosotros. Ahí está la cosa, estoy harto de conocer mocosos que entran en casa un día y al poco tiempo se van dejándonos solos a mi madre y a mí. Cuando te has acostumbrado a sus lloros y a sus tonterías se los llevan. A mi hermana Olga, el segundo novio de mi madre y a Jony los Servicios Sociales. He decidido que no quiero más mierda de embarazos y vomiteras de mi madre mientras está gorda. Mucho menos lo que viene después. Cuando da a luz y parece que todo se ha terminado o nos deja el novio y se lleva a Olga o la tía de la Comunidad nos visita y con su risa de rata va soltando el rollo. Que si tú no estás en condiciones de cuidar un niño. Que si tienes que poner medios para no quedarte embarazada. Que si tienes la mentalidad de una niña de ocho años. En fin que si... que si... al final Jony fuera de casa. Lo malo es que mi madre no puede pasar sin un hombre. Eso al menos me dice. Total que aunque la amenazan con quitarnos el piso y mi beca de comedor, ella sigue con su cuento y cuando yo ya soy casi feliz viviendo los dos solos se presenta en casa con un nuevo novio que la quiere mucho, y tienes que comprender Samy que me he enamorado y es el hombre más bueno que te puedas imaginar y te va a querer como un padre. El que no has tenido Samy, porque tu padre fue un hijoputa que nos abandonó. Será un hijoputa. Yo qué sé. Tampoco me importa. Casi todo el mundo es un hijoputa. El primero yo. Por eso el padre de Olga, Toby, que además de gordo tenía nombre de perro dejó de ser bueno y se convirtió en un cabrón. Lo mismo que el Óscar, el padre de Jony que desde el primer día fue eso que no quiero repetir porque me jode decirlo tantas veces.

Como estaba contando, llevábamos casi un año viviendo solos. En fin un panorama bastante bueno. En el cole ya había pasado lo peor. Como me hicieron repetir sexto de Primaria tuve que acostumbrarme a los nuevos compañeros. Yo era un año mayor que ellos. Eso es una ventaja. Sin embargo, siempre hay alguno

que se pone jilipollas, qué le vamos a hacer. Paciencia. Sólo hay que aguantar un poco en el recreo y en los cambios de clase y esperar. Cuando el tío se ha confiado le provocas un poco. Hay que ver cómo se envalentonan allí dentro rodeados de sus amigos y chuleando delante de las niñas. Aguantas que te den dos o tres empujoncitos. Te haces el cagado hasta que cae. Esto es lo que pasó con Dani el Perro. Durante la comida le di a propósito una patada con mala leche por debajo de la mesa. Me disculpé. Le dije que había sido sin querer. El Nota se cabreó y me llamó maricón de mierda. Yo le repetí: perdona Dani, pero en vez de calmarse cada vez que me oía se cabreaba más, hasta que vi lo que iba a hacer.

Tenía un muslo de pollo en la mano y el hueso voló. Me aparté y le dió en la cabeza a una niña de la mesa de al lado. La cuidadora del comedor, Mister Proper lo vió todo y se acercó. La gente fue legal. Dani el Perro acabó en manos del encargado de comedor. Le hicieron un parte. Cuando volvió me dijo lo que quería oír: te espero cuando salgamos. Empezó el run-run. Va a haber pelea, el Dani va a matar a Samuel. Cuando salimos esa tarde nos venían siguiendo cuarenta o cincuenta. En el descampado que hay pasando los pisos de la Renfe paramos. Se hizo un corro. Le dejé que se confiase un poco. Aullaba el jodido Perro. Yo callao. Casi todos le animaban. ¡Vamos Dani, rómpete los dientes! Me tiró tres o cuatro tarascadas. Una de ellas me dió en la oreja y me hizo daño de verdad. Me cabreé de veras, así que me dije: ya está bien Sam. Cuando volvió a atacarme le pegué un cabezazo en el pecho, cayó redondo, como un balón medicinal. Se quedó sin respiración. La gente casi toda es una hija de puta, yo el primero, comenzaron a animarme. ¡Dale Sam! Miedosos, cagados. Desde primero haciéndole la pelota y ahora que estaba tendido en el suelo sin poder respirar por el golpe le insultaban y querían que le rompiese un brazo o le pusiese morado un ojo. Podía hacerlo, sin embargo le cogí por los sobacos y lo levanté. No me gustan las peleas, le dije, así que vamos a dejarlo. El muy cabrón se había recuperado un poco y me lanzó un directo, pero a mí es difícil engañarme. Este es el cuarto Colegio por el que paso y en todos hay un chuleta que se llama Dani o Kevin o David. Me aparté y pasó por mi lado izquierdo como un borracho. Cuando se dió la vuelta se encontró con una patada en los huevos y ahí se terminó todo. El Perro Dani se convirtió en mi perrito de compañía. El tema del Cole estaba solucionado.

Por fin empezaba a funcionar mi vida. Mi madre estaba cariñosa conmigo y hasta aprobé Matemáticas y Lengua. Éramos felices. Con los cuatrocientos cincuenta euros que a mi madre le daban y lo que sisábamos a mi abuela vivíamos bien. Pero todo se acaba. Volví a vivir como si hubiese rebobinado un vídeo, lo mismo que hacía dos años cuando mi madre se enamoró del Óscar. Esta vez el anuncio de que todo se había vuelto a joder vino en forma de teléfono móvil con cámara. De todas formas y antes del móvil ya llevaba unos días inaguantable. En el cuarto de baño aparecieron tarros de crema, los botes y las barras de labios. La jodimos, pensé. El remate fue el móvil. Claro si tienes doce años y tu madre te regala un móvil ¡qué coño vas a hacer! ¡Cogerlo! Aunque lleve trampa

y la trampa no era otra que el teléfono traía enganchado un novio. Esta vez era polaco y se llamaba Petko. Era grande y colorado. Una tarde vino con un par de maletas y una bolsa de deporte y se instaló en la casa. Se acabaron los romances del domingo. Las temporadas que estábamos ella y yo solos me dejaba ir a su cama como cuando era pequeño. Me moría cuando arrimaba mi cara a la suya y le acariciaba el pelo. A veces me tapaba con su melena rubia. Sentía muy cerca su aliento. Pero ella se cansaba enseguida. Yo me hubiera quedado toda la mañana abrazado a ella. No me importaba perderme la Fórmula 1 aunque ganase Fernando Alonso ni la carrera de 250 centímetros cúbicos que siempre ganaba Dani Pedrosa. Pero a mi madre le entraba la prisa y se vestía rápido dejándome sólo. Entonces sin saber por qué se me venía a la cabeza Lara, mi compañera hasta cuarto. ¡Joder! pensaba cosa guarras y me entraba también un cosquilleo y se me ponía la boca seca y otras cosas que me da vergüenza decir. Al rato mi madre me llamaba y yo me lavantaba sabiendo que me esperaba la taza de Cola-Cao caliente y un cruasán a la plancha. ¡Dios, por qué no podíamos vivir siempre así! No nos hacía falta nada. Éramos felices. Pero mi madre tenía que estropearlo siempre. Cuando Toby la dejó, se tiró llorando tres o cuatro meses. Adelgazó mucho y mi abuela que no la hablaba desde que se lió con mi padre tuvo que venir a poner un poco de orden. Yo creo que los hombres se cansaban de mi madre. Lo digo por Toby. Los tres primeros meses, nada más conocerse, se encerraban a todas horas en la habitación y en el cuarto de baño. Yo sabía lo que hacían e intentaba joderles de vez en cuando. Llamaba a la puerta. Gritaba quejándome de un dolor insoportable. Ponía la tele a todo volumen hasta que los vecinos golpeaban en la pared e incluso se presentaban en casa cabreados y amenazándonos con denunciarnos. Pero nada daba resultado, así que acababa dándome por vencido. Aprendí, sin embargo, que no hacía falta gastar energías porque como suele decir mi abuela: no hay mal que cien años dure. Mi abuela es sabia y siempre decía lo mismo. Al final Samuel nos quedaremos tú y yo solos. Coño, era como la enana de Poltergeist. Lo adivinaba todo. Sabía cómo me gustaban los macarrones, si estaba triste o cabreado y por qué. La tarde que se instaló el polaco en mi casa me fui con mi abuela. Nada más entrar, antes de darme el beso me miró un buen rato y preguntó: ¿y ahora qué pasa? Nada, la contesté. Vamos hijo cuenta lo que sea. Nada... mi madre. Mi abuela que lo sabe todo sólo dijo: ya, entra. Me senté en el sofá y puse la tele, estaban dando Smalville. Superman se dejaba pegar por un jilipollas. Anda que si fuese yo le ponía en órbita de un puñetazo. Toma bébete esto. Era un tazón de leche con Cola-Cao. Déjame que me quede contigo abuela. Ni hablar, tú te vas con tu madre. Pero es que se ha vuelto a echar novio. Ya lo sé, ¿qué te crees? Es un rubio grande y colorado ¿verdad? Sí, es polaco ¿Cuánto hijo de puta por la calle!, dijo mi abuela. Dame el vaso anda.

Tenía que haber un aparato para detectar hijos de puta, algo así como la vara que tenían los que buscaban agua. Tú vas andando, y cuando te cruzas con un cabrón el aparato vibra. ¡Bingo! Te acabas de topar con un sapo hijo de su madre. Me acordé de Capi un amigo que tenía en el otro colegio que quería ser escritor. Me acordé por eso de ir por la calle. Mira Sam, mi novela –me decía–

va de un tío que pasea por la calle tan tranquilo, es un bombero o un profesor o alguien así. De pronto un día se saca la chorra y se mea en todos los que se cruzan con él. La gente se aparta, pero él los persigue y con la chorra en la mano los mea en la cara. Esa es la novela que quiero escribir. Pero Capi le decía yo, la novela se acaba enseñada. Qué va –me contestaba, al tío no se le acaban nunca los meados. Es como un superhéroe. El Capi tenía mucha imaginación. Una vez me habló de cómo se podía suicidar uno. Se sabía todas las formas pero su preferida era la de la goma enganchada al tubo de escape de un coche. En Japón se había puesto de moda. Cuatro o seis locos quedaban por Internet y se asfixiaban en medio de un descampado. Eso es mejor que lo de tu novela. ¡Bah! Me decía hay que ser muy experto para no fallar. Los que salieron ayer en la tele están vivos –dije. Ya –contestó. Los hemos cogido a tiempo-había declarado la Policía. Eso es mentira Sam, si lo hubiesen hecho bien la cascan. Que no Sam, que eso no es enchufar la goma y ¡hale! Hay que tener técnica.

Ahora Superman corría para alcanzar un tren. Me había perdido. No sabía que tenía que hacer en el tren ¡Vamos hijo! –me dijo mi abuela, te tienes que marchar ¡Deja que me quede! Que no, cada uno en su casa hijo. Pero abuela si es que no me dejan vivir, están todo el día dale que te pego. Me van a traumatizar ¿Más? –dijo mi abuela. Joder cómo me vería para contestarme así. Sí más, mucho más y voy a salir maricón o asesino. Qué más da hijo mientras no seas político. ¿Sabes lo que me han subido la pensión? cinco euros, cinco y la bombona a casi diez euros. Yo no sé a cuento de qué venía hablar ahora de su pensión y de los políticos pero ella me lo explicó sin preguntar y en dos palabras. Los políticos mandan en todo, en mi pensión y en las ayudas de tu madre y en las bodas y en las separaciones ¿Los políticos mandan en ti abuela? Claro hijo y en ti también ¿A ti te gusta estudiar? Ir al colegio sí pero estudiar no. Pues ahí lo tienes, me contestó con aire triunfante. Abuela a estudiar no me pueden obligar ¡Que te crees tú eso! Pues no –la dije– yo voy al colegio pero si no quiero no estudio. Ya –dijo, y se rió, entonces llaman a tu madre y la echan la bronca y le pueden quitar la pensión. Mi madre tiene una pensión. Yo he leído el papel. Tiene sellos y firmas y pone que es discapacitada. Como no sabía bien qué era eso le pregunté a Capi ¿Discapacitada? Eso es que le falta algo, una pierna o un ojo. A mi madre no le falta nada. Será que no se ve, estará por dentro, lo mismo es un poco tonta. Cállate –le dije a Capi. Abuela ¿por qué mi madre es discapacitada? Tu madre no es eso, lo que es lo sé yo muy bien. ¿Qué es? Una golfa, ni más ni menos. Pues eso déjame vivir contigo. Mi abuela se acercó y me dio un beso. Ya vendrás a vivir conmigo pero ahora tienes que marcharte.

El Petko era un jeta pero a mi madre la tenía en la gloria. En el séptimo cielo decía ella. Lo había oído en una telenovela en la que un chulo con sombrero y melena se tiraba a una vieja y ella decía: *¡oh mi amo!, me yevas al sétimo sielo!* Seguro que mi madre ponía la misma cara y le decía al colorado: me llevas al séptimo cielo. El polaco lo sabía y se aprovechaba. No daba golpe el mamón. Se tiraba en el sillón y se tragaba toda la mierda que echaban. A eso de las once empezaba a beber cerveza. Como yo me negué a ir desde el primer día, era mi

madre la que tenía que salir a por las Mahou Cinco Estrellas. Cuando llegaba la hora de la siesta se había bebido diez o doce así que se organizaba un cachondeo fino en la habitación, el gordo gruñendo y mi madre chillando. El jodido polaco era capaz de ver la televisión y tirar a una diana que tenía colgada en la pared. Cuanto más bebía más puntos conseguía. Si el cabrón se presentaba a un concurso con doce o catorce mahous, lo clava. Seguro. Gana. Se lo dije una vez. Ya que no trabajas por qué no te apuntas a un concurso de dardos en la Bolera ¿Sabéis qué me contestó el muy cabrón? Porque no. Por qué no –insistí. Porque no me sale de los cojones. ¡Bah! –le dije, tú no tienes cojones. En ese momento pasó mi madre camino de la habitación y sin que se diese cuenta el cerdo me hizo una seña dirigiéndose a ella ¡Se te van a quedar secos! Entonces se llevó la mano ahí e hizo como si se los pesara. Rompió en una carcajada. Mi madre que volvía de la habitación preguntó: ¿de qué te ríes? De los dardos –contestó y se volvió a coger los huevos. Si te apuntas –le dije, te traigo yo las cervezas. ¿De veras? Claro. Nada de claro, júramelo. Te lo juro. Joder le convenía, vaya si le convenía, se evitaba la riña diaria con mi madre. Venga haz una tirada. Petko cogió los dardos y lo lanzó. Coño, podía ser campeón por lo menos de la Comunidad. A ver ponte de pie, seguro que superas la jugada anterior. Se puso en pie, tomó los dardos y lo lanzó. El cabrón no dio ni siquiera en la diana. De pie era un negado. Lo intentó tres o cuatro veces más pero los dardos se desviaban de la diana como si un imán los rechazase. Mierda –grité. Abrí la puerta y salí corriendo. El cebón no servía para lanzar dardos.

Y llegó la hora. Mi madre comenzó a vomitar. Se jodió –pensé. Petko no la hacía ni puñetero caso y mira que se ponía mala. Se tiraba la mañana entera con arcadas, del water a la cocina y de la cocina al water. El tío ni se movía del sillón. A eso de las once abría el frigorífico y si no había cervezas mandaba a mi madre. Ve tú –le decía yo pero me apartaba de un manotazo. Mi madre tenía que salir aguantándose las ganas de vomitar. Podía ir yo, pero no quería ver cómo se reía el cangrejo colorado. Así que no voy mamá. Anda hijo hazme el favor que estoy muy mala. Si me apuraba mucho y estaba a punto de hacerla caso la dejaba con la palabra en la boca. Salía escapado escaleras abajo mientras oía: Samy cariño hazlo por mí. Y una mierda, por ti claro que lo haría pero por el Polska como le llamaba mi amigo Capi ni loco. Esperaba que ella también se rebelase alguna vez. Esta vez no viene, no viene, no viene, me repetía escondido cerca del DIA. Pero me equivocaba, siempre me equivocaba. A los diez o quince minutos la veía venir a lo lejos con el carrito de la compra. Menos mal que para salir se lavaba y peinaba un poco ¡Vendida! –decía muy bajito mientras entraba en la tienda. A los cinco minutos salía con la carga de gasolina, como decía Petko.

En la calle del DIA la gente aparcaba los coches con un cartel hecho a ordenador. Seat Ibiza, año 92, pasada ITV, 1.200 euros. Los había de todos los precios. El más barato era un Citroën BX que costaba 600 euros. El que más me gustaba era un Porsche 911 Carrera del año 87 precio a convenir. Casi siempre estaban los mismos. Algunas veces desaparecía alguno y no lo volvíamos a ver, y digo no lo volvíamos porque quien recorríamos la fila de coches aparcados doscientas

veces al día éramos Capi y yo. Otras veces venía la Policía haciendo ruido con las sirenas y se llevaba dos o tres con la grúa municipal. A la media hora habían desaparecido todos, pero no tardaban en volver. Al día siguiente reaparecían recién lavados. ¿Tú cuál crees que es el mejor para lo de la goma? ¿Cuál crees tu Sam? me devolvía la pregunta Capi. El Porsche –le contestaba. Ni hablar Sam, el mejor es siempre el más mierda ¡Anda ya! Que sí Sam, que sí. Ves ese BX pues ese es el que yo usaría, tiene que tener un motor y un carburador asquerosos, así que la gasolina se quemará fatal y sabes lo que sale por el tubo de escape. No ¿qué sale? Veneno Sam, eso sale. Pero qué es lo que mata. El monóxido de carbono. Ni te enteras tío. Te quedas frito y te crees que te estás durmiendo y cada vez más frito y cada vez más muerto. Lo he leído Sam. Es como un colocón de pegamento ¿Y vale cualquier goma? Cualquiera, lo único que tienes que hacer es amarrarla bien al tubo de escape y que toda la mierda entre para adentro. Pero hay que arrancar el coche ¿no? Claro ¿Tú sabes arrancarlo sin llave? Si, se hace un puente y ya está. Habíamos tenido esta conversación miles de veces. Nos gustaba hablar de coches y de motos, sobre todo a mí. A Capi le interesaban las novelas. Ya he dicho que quería ser escritor. Tenía metida en la cabeza la novela del tío que se saca la minga y se va meando en todo quisqui. No veas-me decía-de tanta meada la ciudad olía que apestaba y empiezan a salir ratas y más ratas ¿Y cómo acaba Capi? No sé, lo más seguro es que al final las ratas se apoderen de la ciudad. A mí me gustaba el argumento pero hubiese preferido que en vez de sacar la chorra para mearse en la gente sacase una recortada como el Michael Douglas y se cargase a todos los tíos, más que nada porque mi madre no podía pasar sin un hombre

Cuando llegué a casa el Petko estaba bebiéndose la cuarta lata de mahou ¿Y mi madre? –le pregunté. Yo que coño sé, apártate que no me dejas ver la tele. No quiero. ¡Quítate enano! ¡Y tú maricón! Me pasó lo mismo que con Dani el Perro. A veces, sobre todo en las peleas adivino las cosas. Igual que vi el muslo de pollo vi el dardo. El muy cabrón me lo lanzó y casi no me dio tiempo de apartarme. La has cagado –le dije, se lo voy a contar a mi madre. Empezó a reírse ¡Se lo voy a contar a mi madre! –grité. Cuanto más chillaba, más se reía. Parecía un jodido globo hinchado soltando aire por el culo. Entra en la habitación –me dijo, cuéntaselo anda. Abrí la puerta. Mi madre estaba tendida boca abajo casi desnuda. En el suelo había una pota. Olía fatal. Mamá ¿qué te pasa? Se quejó débilmente. Intentó darse la vuelta pero no pudo. La empujé hasta que la puse boca arriba. Olía a vómito, tenía los ojos extraviados y una cogorza que no se podía mover. Mamá, Petko ha querido matarme. El polaco estaba en la puerta y repetía burlándose: «mamá, Petko me quiere matar». Dejame –dijo mi madre, y luego: no mejor no me dejes Samy cariño y por fin: tráeme una cerveza ¡La has emborrachado! ¿Yo? es mayorcita para saber lo que hace. Pero está embarazada, vas a joder a mi hermano –grité. Pues que se joda, también es hijo mío y no lloriqueo como tú ¡Te voy a meter la goma por el culo cabrón! –le dije y le aparté de un empujón. Se trastabilló y cayó al suelo. Cuando quiso reaccionar ya estaba yo en la calle.

Me puse a dar vueltas por el barrio. No quise ir a casa de mi abuela. Seguro que sabía todo lo que estaba pasando sin verlo. Mi abuela es como la chiquitilla de Poltergeist. Tiene poderes. Estuve un rato en los futbolines y luego busqué a Capi. No lo encontré. Me fui a la calle del DIA y estuve midiendo el BX. El tubo de escape estaba nuevecito. En la esquina de la calle del DIA hay una tienda de fontanería. Se llama Saneamientos Ramírez y la dueña es amiga de mi madre porque estudiaron juntas. Entré. A mi madre no la fían en ninguna tienda del barrio porque no paga. Pero en Saneamientos Ramírez era diferente ¡Mi madre había estudiado con la dueña! Buenas tardes. Buenas. ¿Tiene gomas de regar? Claro, mira en aquel rincón. Colgadas de unas alcatayas, enrolladas estaban las gomas. Las había de todos los grosores. Saqué un palo del bolsillo. El palito era justo el diámetro del tubo de escape del BX. Mirando de vez en cuando con el rabillo del ojo a la dueña de la tienda fui probando hasta que encontré una que ni pintada. Me acerqué. Es que me ha dicho mi madre que si me puede dar tres metros de goma de regar. La señora Ramírez me miró con una cara un poco rara. Joder para ser amiga de mi madre no me ayudaba nada. Titubeé. Hemos comprado unas macetas para la terraza y no puede hacer esfuerzos. Se la veía en los ojos. Yo se lo notaba. Estaba diciéndome: venga, dispara ya, dime que te lo vas a llevar por la jeta. Cuando me miran así me siento mal. Podías decir algo tía fea, pero no, permanecía callada con los brazos abiertos y oliendo a sudor. Bueno que si me vende tres metros de ésta –dije indicando una gruesa y amarilla. Son seis euros. Tres metros a dos euros el metro seis euros. No sé si era tonta o muy lista, pero me estaba jodiendo con tanta tabla de multiplicar ¿No se había dado cuenta de que no tenía ni un céntimo? Me callé. Se dio la vuelta y se dirigió al mostrador. De un cajón sacó un metro y un cuchillo de los de verdad. Midiólos tres metros un poco corridos y cortó. Toma. Dile a tu madre que son seis euros ¿Se te va a olvidar? No señora. De todas formas lo anoto aquí ¿ves? Vale, ya se lo digo yo ¿Oye Samy? Coño me llamaba igual que mi madre. Todo el mundo me llama Sam o Samuel. Se ve que habían hablado de mí. Qué quiere usted ¿Está tu... vas a tener un hermanito? Joder con el barrio –pensé. Anda que no se habla. Sí señora está preñada otra vez. ¿Y tu hermanito va a ser polaco? No contesté. Cogí la manguera y me fui. La jodida cotilla quería hacerme daño. Cuando cerré la puerta de la tienda no sé porqué me di la vuelta y volví a entrar. ¡No todos los polacos son malos tía racista! –grité. El novio de mi madre trabaja de electricista y nos vamos a comprar el Porsche 911 Carrera precio a convenir. No sé cómo eché una mentira tan gorda pero es que no soporto que se rían de mi madre ¡Ah! y que sepas que no te voy a pagar la manguera. Iba a salir zumbando después de haberle dicho lo del dinero cuando me dijo: al polaco lo conozco yo bien. Me quedé paralizado. Es un borracho y a mí no me preña ningún borracho. Joder, cuando se lo conté a Capi lo entendió enseguida. Eres tonto-me dijo. Esa tía estaba con el Petko y tu madre se lo birló, por eso te ha saltado así ¡A mí no me importa quien te folle –la grité, y salí definitivamente de la tienda. Volví al BX y con disimulo estuve probando la goma. Venía a pelo. Me fui a casa de mi abuela ¿Qué es eso? ¿una manguera?, preguntó como si supiese todo sobre los coches y las conversaciones con Capi. Sí abuela es una manguera. Eso está bien –me dijo. Anda siéntate que

te prepare un poco de cena. En un santiamén –como decía ella– me preparó un par de huevos fritos y unas salchichas. Mi madre se ha emborrachado. Ya. Estaba tan borracha que no se podía levantar de la cama. Ya. Tenía toda la habitación vomitada y olía mucho a alcohol. Ya ¡Deja de decir ya! Ya –contestó mi abuela. Yo sé que no quería hablar. La verdad es que creo que no puede hablar ¿Por qué no vamos a los Servicios sociales? O mejor llama a Marta. No vamos a ir a ningún sitio, a tu madre no la arregla nadie. No digas eso abuela. La abuela miró la manguera y se le escapó una sonrisa, pero no de la boca sino de los ojos. Vete para casa. Déjame dormir aquí. Ya estás otra vez con lo mismo. Anda-supliqué. Que no, vete, hala, que es muy de noche ¡Abuela por favor! Que te he dicho que no. Abuela que el polaco me va a matar. La culpa la tiene tu madre. Abuela que me está esperando ¡San, vete ya! Tienes que cuidar de tu madre que está sola. Me dio un beso y me dijo: tenemos la goma, no lo olvides. Me quedé más tranquilo.

Al volver a casa me fui por la calle del DIA, pasé junto a los coches tirando de las manecillas. Un Seat Ibiza blanco se abrió. Miré calle arriba y abajo. No venía nadie. Me metí en el coche. Aceleré, frené, metí las cinco marchas, eché el asiento para atrás y yo creo que me dormí un rato ¡Cómo coño se hacía un puente! ¡Qué leche! me dormí, seguro. Me dormí igual que si tuviese conectada la manguera al tubo de escape. Joder es que en un coche se duerme sin ganas. Me despertó un ruido desagradable y un foco de luz en los ojos. Me asusté. Bueno, no me asusté, sólo pensé, estás muerto tío. Tenía razón el Capi con lo del monóxido de carbono. Era una mierda de ambulancia que pasaba a toda leche. El dueño del coche era un hortera. Tenía una palanca de cambios como de ámbar y atrapado en la bola un insecto. Me acordé de la peli de Parque Jurásico. En el salpicadero había tres fotos. Joder –me dije– este tío quiere vender el coche y la familia, ¡Dos por uno, señores! La niña tenía gafas y era un rato fea. El niño parecía una bola. Un gordo cagón –pensé. La mujer tenía un pelo que parecía el casco de un motorista ¡La madre que parió a las familias normales! En las fotos quedaban fatal. A lo mejor es que todo es la misma mierda y hacen falta muchas más gomas. Lo de la manguera no me dejaba vivir. Sabía cómo usarla pero nada más. Clarito, clarito sólo tenía una cosa, algún día tendría que utilizarla. Mi madre otra vez embarazada y el polaco acertando borracho con los dardos. ¡Menudo futuro!

Hay que tener buenos amigos. Y para eso estaba el Capi. ¡Que no tío que yo no hago eso! Hazlo por mí, y lo hizo, sólo que el muy cerdo se cagó en el último instante y avisó a la Policía y apagaron el motor y desconectaron la manguera y me sacaron en una ambulancia. Bueno yo esto no lo sé, sólo sé que mientras cerraba los ojos pensé ¡jodeos! Me despertó como un siseo y luego ¡Samy! Y mi hermana Olga que saltaba dando palmadas y reía. Sobre mi cabeza un foco de luz. Estaba en una cama del hospital. Mi madre ya no tenía barriga. Me cogía la mano y lloraba sobre todo por el ojo izquierdo que tenía amoratado. Parece un neumático ¿Qué, el ojo? No el niño –dije riendo. Cógelo un poco. Le miré un segundo, era igual el cabrón. Este –pensé mientras me daba la vuelta –también acertará con los dardos.